

La Luna es más asequible

Ya hemos quedado otras veces en que las principales fuentes de inspiración son dos: la LUNA y el MAR (algunos lectores diréis, si es que los tengo, «yo no he concretado nada»). Y para el hombre-poeta, la mujer. Y para la poeta-mujer, el hombre. En estos dos últimos casos, siempre que natura haya actuado con normalidad en la asignación de papeles interpretativos.

Yo les estoy muy agradecido a ambos (al mar y a la Luna); porque eso de que gratuita y desinteresadamente te estén favoreciendo, estén colaborando contigo a realizar y conseguir lo que tú pretendes, es para estarles reconocido. Y, además, sin ningún tipo de contribución o impuesto. Porque en esta vida, ya lo sabemos, nadie te da ni te regala nada (por las buenas). De todo cuanto nos abastecemos y servimos, la compañía suministradora te coloca un contador en la pared, dentro de tu misma casa, y como un vigía o centinela permanente, te está acechando y presenciando todo lo bueno o malo que haces; es testigo de cuantas afrentas y vejaciones te somete la vida, como también de tus alegrías y satisfacciones. Eso sí, con total seguridad de su completa discreción. Pero litro o kilovatio que consumas, ya sabes que al mes siguiente tienes que satisfacer su importe, sin recargo al primer requerimiento.

Pero siguiendo con la gratitud a los dos surtidores inspirativos, la Luna es mucho más asequible que el mar; si te aso-



mas a tu balcón o a una ventana de muy moderadas dimensiones, bajas a la calle, paseas por un jardín silente y, entre las ramas de los árboles, la contemplas sin limitaciones ni cortapisas. Ya sabemos que en el último cuarto, el menguante, es preciso acecharla ya muy tarde para poderla divisar o pegarte un madrugón y levantarte de la cama con estrellas.

Pongamos por caso: una cuadrilla de vendimiadores, una noche, antes de meterse en la casa, puede jugar al corro o a las prendas en el «paraor» del «Ama Ramona» o de «La noria de la buen agua» a la luz de la Luna. Lo mismo podríamos decir en un patio de vecindad de un barrio sevillano y estar hasta las tantas bailando por «sevillanas corraleras». La romería del Rocío, en Pentecostés, coincide siempre con el plenilunio, como la Semana Santa.

Pero el mar (o la mar, como

diría Alberti) es más inasequible; los que vivan en la Costa del Sol, en La Manga o en Matalascañas, a cualquier hora y momento pueden oír el oleaje y contemplarlo (qué bonito está el mar después de ponerse el sol), pero los de tierra adentro tenemos que desplazarnos desde puntos más o menos distantes. Y no digamos los habitantes de esos países centroeuropeos -por ejemplo-, que no cuentan ni con un solo kilómetro de costa, así como Hungría, Austria o Suiza. En esta última, con toda su riqueza y tanto millón como habrá guardado

y custodiado en las cajas fuertes de sus inviolables bancos, fruto de los ahorros, o sepa Dios de qué, de unos y otros, sus ciudadanos tienen forzosamente que viajar a través de territorios extranjeros para poder pisar y broncearse en alguna playa del Mediterráneo. En estos estados que he mencionado se sentirá una claustrofobia continental que los españoles no tenemos que soportar, con tanto mar por los cuatro costados.

Vaya, pues, mi admiración a la Luna, con su pálida faz, porque no nos regatea su presencia, ya que invariablemente la contemplamos en sus cuatro fases, mostrándose distintamente en cada una de ellas, pero siempre con la certeza y seguridad de su aparición periódica en su excursión diaria de Oriente a Occidente.

Tomás
Sánchez-Gil